

otras desnudas van), con sedas y terciopelos, brocados y cachemiras, como no las vieran las Persias y los Catayes que la fama ha pregonado.

Un recuerdo, en esta fecha jubilosa, oh queridos compatriotas de los chicharrones y la natilla, torreznos, que dice la relación del Capitán, para Jerónimo Luis Tegelo, Juan de Frades y sus valientes compañeros, que nos enseñaron a comer sal de Guaca, que quita el coto y despeja la cabeza. Y con esto ¡viva Antioquia, por la Virgen de Manizales y la Candelario de Medellín!

Bogotá, 22 de noviembre de 1925.

Antonio José Restrepo,

tataranieta de D. Alonso López de Restrepo, uno de los fundadores de Medellín, su primer Regidor y Alférez Real, natural del solar de su nombre en los alrededores de Castropol, en Asturias.

COMO FUE CELEBRADO

HACE 50 AÑOS EL SEGUNDO CENTENARIO
DE MEDELLÍN

Una actividad inusitada se observaba por todas partes en la incipiente Villa. Las calles, antes silenciosas y desiertas, estaban atestadas de gentes. Corrillos en las esquinas; algarabía de muchachos; ir y venir de unos, confusión y regocijo de todos, daba bien a entender que algo anormal acontecía en el pueblo. Pero era algo patriótico que inflamaba los pechos, que levantaba el entusiasmo y abría un paréntesis de alegría en la vida rutinaria que se llevaba en la Villa.

Era que entonces, como hoy, los habitantes de ella se aprestaban para conmemorar dignamente su cumpleaños. Entonces cumplía dos siglos de existencia e inspiraba amor; hoy, ya mayor y más hermosa. y más lozana y con mayores atractivos y encantos, inspira aquel mismo

sentimiento además de admiración, porque en el corto lapso de cincuenta años para la vida de un pueblo, el progreso de Medellín es para admirarse, pues lo que era casi un pueblo, se ha convertido en una ciudad populosa, que progresa a ojos vistas con prodigiosa celeridad.

Prolijos seríamos enumerando uno a uno los números del selecto programa que contribuyó a solemnizar aquel día del noviembre de 1875, de grata recordación. Muchos viven aún de los que entonces, adolescentes, presenciaron lo que deseamos narrar, pero mayor número ha desaparecido ya del escenario de la vida. Guarde con amor, esta Villa hospitalaria, las cenizas de quienes un día fueron testigos de sus triunfos y llenos de optimismo soñaron en su grandeza y prosperidad, que no vieron realizadas!!

*
* *

El 24 de noviembre de 1875, a la una y media de la tarde, se firmó un Acta del Cabildo de Medellín, en la cual constaba que en ese mismo día, doscientos años antes, "el Gobernador y Capitán General de la Provincia, D. Miguel de Aguinaga, dió en nombre del Rey posesión de la nueva Villa a los capitulares, después de haber celebrado este acontecimiento de la manera más espléndida. Consiguieron oficialmente su gratitud y su respeto a los ilustres varones que echaron los fundamentos de esta populosa ciudad". Tal documento lo subscribían, asesorados por el Procurador Municipal D. Alvaro Restrepo E., D. Alejandro Barrientos F., como Presidente; D. Lucrecio Vélez, como Vicepresidente, y como Vocales, D. Emiliano Isaza, D. Apolinar Villa y Posada, D. Eduardo Vásquez Jaramillo, D. Carlos Restrepo y Callejas, D. Bartolomé Pérez Acosta y D. Isidoro Isaza Escobar, como Secretario. Firmaron también, como "Miembros de la Comisión General", el Dr. Manuel Uribe Angel y D. Nicolás F. Villa.

Al cronista de la época, D. Eduardo Villa, debemos los apuntes que de base nos sirven para surcir esta reseña histórica.

La Iglesia Catedral, desde la víspera lucía, engalanada, los más vistosos arreos. Albas colgaduras, flores en profusión, luz y perfumes y armonías superabundaban, realzando la suntuosidad de la fiesta. En el altar mayor se había contenido con especialidad el buen gusto de quienes lo habían acicalado, porque, dice el cronista: el altar del centro irradiaba. Encima de él y cubriendo en su parte alta el arco que termina la nave principal, se veían distintamente la bandera de nuestro país y la española, sosteniendo un grande escudo sobre sus astas cruzadas. En grandes letras de oro se leía esta palabra "MEDELLÍN", y al pie de ella esta fecha: "24 de noviembre-1675". Abrazados en las columnas de las naves, estaban escritos en "azul y oro", los nombres de "Jorge Robledo" el Conquistador, Jerónimo Luis Tejelo, el descubridor del Valle en agosto de 1541; Pedro Celada Vélez, Pedro Gutiérrez Colmeneros, Marcos López de Restrepo, Roque González de Fresneda y Félix Angel del Prado, los fundadores de la Villa.

Afuera, en la plaza y en las calles adyacentes, la multitud se agitaba, poseída de la emoción más intensa. Los cohetes y las "ruedas" rasgaban las tinieblas y reventaban en estridencias luminosas. Todo ello realzado por los acordes de la música criolla, que hacía rebozar de alegría los corazones. El preciso día 24 fué saludado con salvas de artillería. Una misa solemne con Tedéum fué la iniciación gloriosa del festival, porque este pueblo no ha desmentido jamás lo arraigado de sus creencias y ha seguido siempre las huellas de Jesús. Llevó la palabra el Cura de la ciudad, Pbro. José María Gómez Angel.

Afuera se preparaba la gran procesión cívica: carros emblemáticos, la tropa, las escuelas y diversas agrupaciones que marchaban de a dos

en fondo, con sus estandartes enarbolados. "La bandera de la Patria ondeaba por dondequiera. La casa del Presidente del Estado lucía un letrero dorado con esta inscripción: "1675-D. Miguel de Aguinaga-1775-D. Juan Jerónimo de Enciso". Nombres éstos que representaban a los Gobernantes de cuando se erigió la Villa y cuando celebróse el centenario primero, respectivamente. Todo era orden y compostura. Los Agentes de policía no fueron necesarios y el orden lo imponían veinte caballeros nombrados para el caso.

Se inició el movimiento por la Calle de Boyacá, a las once y media de la mañana. Vibrantes, las campanas rompieron el silencio con notas de alegría. Iban representadas la Religión Católica, la Educación, el Clero, la Caridad, el Gobierno Civil, el Municipal, las Artes, el Comercio, la Ciencia, la Ley, el Ejército y muchas otras Entidades.

Los carros alegóricos, en marcha reposada, iban en el siguiente orden: uno con tres niños, vestido el primero con el antiguo traje de la conquistador, y los dos restantes "con vestidura indígena de plumas, de carcaj y collares sobre la espalda desnuda".

Seguía luego el carro de la Agricultura: hojas naturales, flores, plantas y maduros racimos. Entre él, una niña primorosa hacía de Diosa Ceres, "coronada con espigas doradas; bajo el brazo izquierdo un haz de trigo y la hoz de oro, presente de Vulcano".

Un nuevo y pesado carro representaba la Minería. Un gran trozo de roca, piquetas, palas y demás utensilios necesarios para la extracción del metal preciado, redención de Antioquia. En pequeñas banderolas se leía: "El Zancudo", "Los Cristales", "El Criadero", "Frontino", "Providencia" y otros nombres más. Barras de oro de baja ley y un molino de pisones con su rueda para fuerza hidráulica y "aparato movable", con la

inscripción "Molino de las Cruces", complementaban la redentora alegoría.

"Apolo desterrado del Olimpo" y "una de las nueve Musas", representados por dos niños, era el breve carro de la Música y las Bellas Artes.

Un grupo de damas ricamente ataviadas, se dijo representar a la Belleza "pero no pudiendo explicarse en este cuadro la significación de un estandarte de seda azul con lira de oro, acabaron por reconocer que el reducido grupo femenino era también discípulo de Apolo y de la Musa Euterpe".

Agrupaciones de artesanos venían en seguida: "Tipógrafos", "Carpinteros", "Mecánicos" y otros diversos gremios industriales.

Después, el grupo de Abogados, el Comercio, el Cuerpo Médico, el Clero, todos con sus banderas alusivas, y por último, el Presidente del Estado, sus Secretarios y la tropa.

El recorrido de la procesión fué de cuatro cuadras por la Calle de Boyacá hacia la Cruz; bajó hasta la Calle de Tenerife, volteando hacia San Juan de Dios, para regresar por la Calle de Colombia, al Atrio, punto de partida.

Dos instantes no más hubo de tregua: primero, al pasar la procesión frente a la casa donde nació Girardot, en cuyo muro fronterizo se leía: "GIRARDOT, héroe colombiano. Murió a los 22 años, después de haber enarbolado victoriosa la bandera de la libertad en la cima del Bárbula".

Segundo, cuando la tropa de retaguardia, al disparar una descarga, la multitud estupefacta vió surgir de la humareda una bandada de palomas blancas.

Muchos números no menos interesantes omitimos por la limitación del espacio de que disponemos.

Y para cerrar con broche de oro tan simpática y tan lucida conmemoración, en el Atrio subió a la tribuna el Dr. Manuel Uribe Angel, quien, en frases vibrantes y sonoras y hermosas como

suyas, hizo la más brillante apología de la "ciudad blanca", que amaba como a un hijo de su corazón. "Medellín, no es ciertamente, dijo, una ciudad populosa como Teheran la de Oriente, ni opulenta como Tiro, ni comercial como Alejandría, ni culta como Atenas, ni sabia como París, ni monumental como Roma, ni rica como Londres, ni gloriosa como Berlín, ni espléndida como Nueva York; pero en cambio es la ciudad adolescente y hermosa de estas regiones, y vista por su aspecto físico, es la ciudad blanca de los Andes, la ciudad pulcra de América, la ciudad bella de Colombia, la ciudad risueña de Antioquia, que extendida muellemente sobre la pintoresca planicie de Aburrá, fecundizada por su río, refrescada por sus torrentes, sombreada por sus árboles y aromatizada por sus flores, contesta graciosamente y con donaire, el saludo de atención que le dirigen los viajeros desde las altas cumbres de sus montañas....."

Medellín, 24 de noviembre de 1925.

BERNARDO PUERTA G.

NOTAS

Es el nombre de una excelente Revista que dirige en la blasonada ciudad de Antioquia el docto investigador y gallardo caballero, D. Miguel Martínez, nuestro amigo muy distinguido.

Hemos leído con avidez el importante material que trae tan notable publicación, y siempre hemos admirado el recto criterio de quienes allí escriben y lo selecto de la lectura con que a reditan al ya meritorio órgano del *Centro de Historia Local*.

El REPERTORIO HISTÓRICO se complace en felicitar al Director de la Revista y a sus distinguidos colaboradores y los aúpa para que sigan en tan noble tarea.

Que sepan que estas columnas están a la disposición de tan estudiosos colegas, para que, unidos, trabajemos por el adelanto de las disciplinas históricas.

Este es el título de un libro admirable que publicó en Caracas el ya conocido y apreciado historiógrafo y literato colombiano, D. Raimundo Rivas. Este tomo es un lauro más que adorna la ya muchas veces triunfadora frente del ilustre compatriota.

La donosura del estilo, la profundidad del concepto y la serena filosofía con que estudia los hechos y las personas, son las características del autor de *Lecturas Históricas*. Para él van nuestros parabienes.

Para solaz e instrucción de los lectores del REPERTORIO HISTÓRICO, nos proponemos reproducir algunos de los interesantes estudios que contiene el volumen cuya aparición anunciamos en estas líneas.

